

MARÍA, LA MAGDALENA

A doce kilómetros de Cafarnaum y bañada por las aguas del mar de Galilea, emergía la ciudad de Magdala. La mayoría de sus habitantes se dedicaban a la pesca, la industria de salazón, y la fabricación de anclas.

La tradición cristiana sitúa el nacimiento de María Magdalena en la ciudad de Magdala; por ese motivo el apelativo “Magdalena” indicaría el lugar de origen de María; es decir, la ciudad de Magdala. Ahora bien, no es este el único significado del término “Magdalena”. La palabra “Magdalena” procede de la voz hebrea “Magdal”, que significa “fortaleza, castillo”; no en vano, en la ciudad de Magdala veía erguirse una plaza fuerte que albergaba una guarnición militar.

Sin duda, el segundo significado del término “Magdalena” define perfectamente la personalidad de María. No es únicamente la mujer originaria de Magdala; sino, principalmente, la mujer fuerte, la mujer que, a modo de fortaleza inexpugnable, custodia entre los muros de su alma el amor apasionado por Jesús, el Señor.

María, la Magdalena, es el prototipo del amor apasionado por Jesús de Nazaret. Ella amó a Jesús, cuando predicaba el evangelio en las aldeas de Galilea (Lc 8,1-3). Expresó con sus lágrimas el amor por Cristo cuando su cuerpo yacía en las tinieblas del sepulcro (Ju 20,11). Fue la primera en amar a Jesús resucitado cuando rayó el alba del domingo de Pascua (Lc 20,12-18).

La fortaleza de María, la Magdalena, radica en que amó a Jesús cuando recorría las tierras israelitas predicando la Buena Nueva; pero, y eso es lo más difícil, también amó a Jesús cuando había muerto, y también gozó de la presencia del Señor resucitado, junto al huerto del sepulcro. Por eso ella es la “mujer fuerte”, el paradigma de la vivencia confiada y radical del Evangelio tanto en los tiempos de gloria como en los altibajos del dolor y el desencanto.

La Magdalena supo amar a Jesús cuando vivía, cuando estaba muerto y cuando le contempló resucitado a la luz de la Pascua. El amor apasionado por Jesús convirtió a María en la Magdalena, el baluarte fuerte de la comunidad cristiana que recorría el mundo para plantar el Evangelio en el corazón de todo ser humano.

JN 20,11-18

Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!» Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!» Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».



Catedral
de Mallorca